

Sermón

12 junio 2005

Texto: Mateo 9:35-10:8

Como algunos de ustedes ya saben, el jueves pasado falleció el Pastor Jaziel López, el hermano del Pastor Alvaro, después de una lucha de unos dos años con el cáncer. Jaziel había servido fielmente como pastor de la Iglesia Luterana San Pablo en la Colonia Santa María la Ribera desde fines de los años 80. Los que tuvimos el gusto de conocerlo y trabajar con él lo recordaremos como una persona que siempre servía a los demás. Nunca estaba demasiado ocupado para atenderle a uno o para cumplir con alguna petición. Sin duda, todos lo extrañaremos mucho, sobre todo los miembros de la congregación donde él servía. Ahora ellos tienen que buscar a otro pastor, aunque lamentablemente no hay muchos pastores luteranos en México de los cuales pueden escoger; faltan obreros y obreras.

Eso es precisamente lo que dice Jesús en el texto del Evangelio de hoy. Dice primero que recorría todas las ciudades y pueblos de Galilea, y andaba predicando la palabra de Dios y sanando a la gente enferma. Luego dice que vio todas las multitudes a su alrededor, y sintió mucha compasión por toda esa gente, “porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.” Y entonces dijo a sus discípulos, “La mies es mucha, pero los obreros son pocos; rueguen, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.” En seguida, eligió a su grupo de discípulos, y los fue entrenando y capacitando para hacer lo mismo que hacía él, enseñando y sanando a la gente. Y luego los envió a otros pueblos y ciudades a hacer lo que habían aprendido, y les dijo que no tendrían necesidad de nada, porque la misma gente les daría lo que necesitarían para comer y vestirse.

Cuando escuchamos de las multitudes, como las que menciona este texto, creo que no podemos sino pensar en una ciudad como ésta en que vivimos; casi dondequiera que vamos, hay mucha gente, multitudes. Y si nos acercamos a la gente y empezamos a conocerla, nos vamos dando cuenta de que nuestras multitudes son iguales a las que había en la época de Jesús: gente con muchos problemas y dificultades, con enfermedades, con cansancio, con hambre – tanto física como espiritual –, gente lastimada por diferentes razones, sobre todo por las relaciones familiares e interpersonales; hay muchísima gente que trae un dolor continuo en su corazón, que no sabe lo que es la verdadera paz y el verdadero gozo. Jesús comparó a aquellas multitudes con ovejas sin pastor; y así son nuestras multitudes de hoy. Hay tanta gente que solamente quisiera ser escuchada, entendida, amada, gente que quisiera algún tipo de orientación en la vida, un apoyo, una mano, alguien que se preocupara por ellos. Pero no tienen a nadie que les dé esa orientación y ayuda, o que se preocupe por ellos; son como ovejas sin pastor.

Dice el texto que Jesús sintió esa compasión. Muchas veces, cuando nosotros nos encontramos en medio de mucha gente, lo que menos sentimos es la compasión; más bien, nos sentimos molestos, enfadados, cansados de tanta gente. En lugar de querer ayudar a otros, quisiéramos que se fueran y que nos dejaran en paz.

Afortunadamente para nosotros, Jesús no fue así; ni tampoco es así Dios nuestro Señor. Al ver a la humanidad, las multitudes de las cuales tú y yo formamos parte, no se molestó ni nos dio la espalda, sino que sintió compasión y quiso ayudarnos. Por eso envió a su Hijo. Y si somos seguidores de Jesucristo, así nos tenemos que sentir nosotros frente a las multitudes: tenemos que sentir esa misma compasión, esa misma misericordia, ese

mismo amor que sintió Jesús por todas aquellas multitudes. Tiene que dolernos el corazón como le dolía a él al ver lo que la gente sufre y las necesidades que tiene. ¿Tú tienes un corazón así? ¿Un corazón lleno de compasión? ¿Ves a la gente a tu alrededor con los mismos ojos de Jesús?

Cuando vemos a la gente con esos mismos ojos de compasión, entonces nuestro anhelo es el mismo que tenía Jesús: que haya personas que les puedan ayudar, pastores que puedan orientarles. Y nos ofrecemos a nosotros mismos para hacerlo. Así hizo el pastor Jaziel: decidió dedicar su vida a ser ese pastor. También tenemos otros aquí que hemos visto esas necesidades y hemos decidido servir como pastores y pastoras. En el caso de algunos de nosotros, nos toca no sólo *ser* pastores para los demás, sino *preparar a más pastores*, tal como hizo Jesús con sus discípulos. Pero el anhelo es el mismo: que la gente, las multitudes dispersas y desamparadas, tengan pastores. Que haya obreros para esa gran mies; tal vez Jesús en esos momentos no sólo estaba viendo a las multitudes de gente, sino los campos en toda su extensión, llenos de trigo o de otros granos, ya listos para la cosecha. Como ustedes que han vivido o trabajado en el campo saben, es muy triste cuando es época de cosechar, pero por falta de obreros, no se puede recoger en tu totalidad, y se pierde mucho de la cosecha.

Hoy día, nos urgen pastores, personas preparadas que puedan servir a los demás. Cada uno tiene que mirar dentro de su corazón para ver si Dios le está llamando a ese ministerio. Si ustedes van a los seminarios más grandes donde se preparan a los pastores, sobre todo de la Iglesia Luterana, verán que hay toda clase de estudiantes: mujeres y hombres, jóvenes y personas mayores ya jubiladas, gente adinerada y gente de escasos recursos; cualquiera puede prepararse para ese ministerio. Entonces si Dios te está llamando, no tienes pretextos. Pero aunque no te sientas llamado a servir en el ministerio pastoral, de todos modos, Dios quiere que seas pastor o pastora en tu vida cotidiana, con la gente que te rodea: tú tienes que sentir la compasión de Jesús por la gente, y servirle. No importa cuál es tu oficio o profesión o trabajo: cualquiera que sea, no debes verlo simplemente como un trabajo o una ocupación, sino como un ministerio, una vocación a la que Dios te ha llamado para servir a los demás, como pastor o pastora. En cada situación y relación en que Dios nos pone, somos llamados a ser pastores: a ser pastores para nuestro cónyuge, para nuestros hijos o padres y los demás miembros de nuestra familia, para nuestros empleados o para nuestros superiores. Tú has sido llamado o llamada para ser pastor o pastora. Tienes una misión que cumplir en la vida; no simplemente ganar dinero, sobrevivir, pasarla bien, estar a gusto; sino pastorear a la gente que te rodea.

Al escuchar eso, a lo mejor te preocupa. Primero, puede preocuparte el hecho de que no te sientas preparado para pastorear a otros. Y segundo, a lo mejor te preocupa pensar que si te dedicas a servir más a otros, viendo tu vida como un ministerio, no vas a tener lo que necesitas para vivir bien en esta vida. Frente a estas preocupaciones, hay que insistir en que, cuando Dios te llama a servirle, te da todo lo que necesitas para hacerlo; tanto los dones y capacidades que necesitas, como los bienes materiales necesarios. Así como Jesús les dijo a los discípulos que Dios proveería por medio de otras personas, puedes tener la seguridad de que Dios siempre proveerá para ti. Cuando te dedicas a servir a otros, pronto descubres que no sólo recibes lo material que necesitas de Dios, sino también muchísimo más, cosas y satisfacciones que el dinero jamás podría comprar. Realmente te haces rico. Y en cuanto a no sentirte preparado, solamente te podría decir: ¡Prepárate! Aquí en esta congregación tenemos muchas personas que podemos ayudar a capacitar a otros, tanto para servir en la iglesia como en otros espacios; y también conocemos a otras

personas que puedan ayudar a capacitar. ¿Quieren alguna capacitación y preparación para servir? Díganlo, y buscaremos cómo hacerlo. Querer es poder.

Hermanos y hermanas, la pregunta que Jesús te hace hoy no es si quieres ser pastor o pastora; más bien, su pregunta es, ¿Qué tipo de pastor o pastora quiere Dios que seas? ¿Cuál es el ministerio al que te está llamando? ¿Cuál es el rebaño al que has sido llamado a pastorear? ¿Cuál es el campo donde Dios quiere tenerte sirviéndole? Esas son las preguntas que tiene para ti hoy.